

RECIBIDO EL 15 DE NOVIEMBRE DE 2020 - ACEPTADO EL 17 DE FEBRERO DE 2021

La violencia se cuenta en la literatura infantil colombiana

Violence is told in colombian children's literature

Johana Cifuentes Alvarez¹

Wilcar Cifuentes Alvarez²

Yesid acevedo duran³

Everto Villazon Cortes⁴

Universidad de Los Andes

Universidad Popular del Cesar

RESUMEN

A pesar de la común asociación entre literatura infantil y fantasía, en el contexto colombiano específicamente, esta literatura también ha

sido poblada por obras que exploran y exponen una mirada crítica a la realidad social de la cual los niños no están exentos: secuestro, desapariciones y desplazamiento forzado, pobreza, y otras situaciones hostiles que a diario los niños padecen. En ese sentido, el propósito de este trabajo es examinar tres de estas obras, destacando algunas estrategias narrativas utilizadas por los autores: la exposición explícita de situaciones de violencia, la ficción centrada en la vivencia interior del niño, por encima de los hechos; y, el matiz esperanzador que se ofrece en la ausencia de finales felices.

PALABRAS CLAVE: literatura infantil colombiana, violencia, esperanza

¹ Lic. En Lengua Castellana E Ingles Universidad Popular Del Cesar. Msc. En Didáctica Del Inglés Universidad De Caldas. Estudiante Del Doctorado en Literatura Universidad de los Andes. e.cifuentes@uniandes.edu.co <https://orcid.org/0000-0001-7881-1397>

² Lic. En Matemáticas E Informática Universidad Popular del Cesar. Msc. En Educación SUE Caribe Sede Valledupar. Estudiante Del Doctorado En Ciencias De La Educación Universidad De La Plata (Argentina), Docente Universidad Popular Del Cesar. wilcarcifuentes@unicesar.edu.co <https://orcid.org/0000-0001-5565-6718>

³ Lic. En Lengua Castellana E Ingles Universidad Popular Del Cesar. Esp. En Telemática E Informática Fundación Universitaria Del Área Andina. Docente Universidad Popular Del Cesar. yecidacevedo@unicesar.edu.co <https://orcid.org/0000-0002-5894-929X?lang=es>

⁴ Everto Villazon Cortes <https://orcid.org/0000-0001-7635-6087> Profesor de la Universidad Popular del Cesar, Valledupar- Colombia. Magíster en Administración y Planificación Educativa, en la Universidad Metropolitana de Educación Ciencia y Tecnología "UMECIT (Panamá).

ABSTRACT

Despite the frequent association between children's literature and fantasy, in the Colombian context specifically, this kind of literature has also been populated by works that explore and expose a critical sight at the social reality from which children are not exempt: kidnapping, disappearances and forced displacement, poverty, and other hostile situations that children suffer every day. In this sense, the purpose of this work is to examine three of these works, pointing in some narrative strategies used by the authors: the explicit exposition of situations of violence, fiction focused on the inner experience of the child, above the facts; and, the hopeful tendency that is offered in the absence of happy endings.

KEYWORDS:

Colombian children's literature, violence, hope

Informes como *¡Basta ya! Colombia: memorias de guerra y dignidad* del Centro Nacional de Memoria Histórica, y el *Informe Especial sobre Violencia contra la Infancia en Colombia*, publicado por el antiguo Ministerio de Protección Social, dan cuenta de una larga lista de agresiones que han padecido los niños y las niñas de este país: violencia intrafamiliar, violencia sexual, abandono, situación de calle, desplazamiento forzado, subversión, terrorismo, mendicidad, delincuencia común, prostitución, trata de personas, pornografía, trabajo infantil, son solo algunas de las formas de violencia que revelan que la realidad de la infancia en Colombia está atravesada por situaciones crueles y dolorosas, muy alejada de la idealización que pervive en el imaginario colectivo acerca de esta etapa de la vida humana.

La idealización de la infancia no es un tema menor; por el contrario, puede evidenciarse tanto en actitudes cotidianas, al asumir, por ejemplo, que hablar de literatura infantil es

hablar de asuntos carentes de profundidad; como en diversas representaciones visuales y literarias de la infancia, tal como puede verse en la exposición *Los niños que fuimos. Huellas de la infancia en Colombia*, organizada por la Biblioteca Luis Ángel Arango, en la que se muestra cómo desde tiempos coloniales se difundió en el país un modelo infantil a partir del Niño Jesús, que ayudó, no solo a afianzar la común asociación entre lo infantil y valores como la inocencia, la bondad, la virtud; sino también a ocultar realidades como “el abandono, el infanticidio y el comercio de esclavos inclusive de poca edad”, como lo revela la exposición antes mencionada. Este encubrimiento de realidades indeseables bajo el pretexto de la inocencia de los niños, ha legitimado la idea de que la única literatura válida para ellos es aquella que recrea mundos fantásticos o perfectos, siempre con finales felices.

Sin embargo, y especialmente a partir del siglo XX, la literatura infantil en Colombia se ha ido poblando de obras que exploran y exponen una mirada crítica a la realidad hostil de la cual son partícipes los niños, como individuos y como sujetos sociales. Al respecto de este fenómeno, los investigadores de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas, Mirian Borja y Arturo Galeano explican que en la literatura infantil producida entre 1990 y 2012 se hace cada vez más común el abordaje de problemáticas sociales asociadas a la violencia: “Con respecto a las *poblaciones en contextos de alta vulnerabilidad*, es reiterada la referencia a contextos de violencia, desplazamiento y abandono de niños y jóvenes en las narrativas presentadas.” (51). Ejemplos de este tipo de abordaje pueden verse en textos de autores colombianos, como *Paso a paso. Vuelve, papá* de Irene Vasco, publicado en 1997; *Los agujeros negros* de Yolanda Reyes, cuya primera edición hizo parte de una colección sobre los Derechos de los Niños en el 2000; y *El mordisco de la medianoche* de Francisco Leal Quevedo publicado en el 2010.

En *Paso a paso. Vuelve, papá*, a través de la voz narrativa de Patricia, una niña que relata el secuestro de su padre y la extorsión que le sucede, conocemos una mirada acerca de cómo asumen los niños y los jóvenes el trauma del secuestro de un familiar. En el recorrido personal por las distintas emociones que experimenta, Patricia nos deja saber su desconcierto, su dolor, y su rabia:

Cada vez que me acuerdo del resto, vuelvo a sentir la misma rabia. Rabia contra esos hombres encapuchados que se llevaron a mi papá. Rabia contra mí misma por no ser grande y fuerte, por no conocer la diferencia entre fusil y escopeta, por no ser capaz de pelear y disparar. Lo peor es que también he sentido rabia contra mi papá porque nunca nos dejó aprender a enfrentar la violencia y es lo primero que ha debido enseñarnos. (9)

Aunque el secuestro ocurre en el contexto rural de la finca, el relato no se centra en la descripción de los paisajes, ni en el suceso de la aprehensión en sí. De este modo, más que en la naturaleza o el hecho atroz del rapto, en *Paso a paso* la realidad se despliega a través de los sentimientos, los recuerdos, y las ilusiones de la protagonista; esto desde el contexto urbano de su acomodada casa, pues la familia pertenece a la clase alta colombiana. En el “Realismo de la otra realidad”, Jorge Enrique Adoum explica cómo en Latinoamérica, la literatura se fue moviendo del campo a la ciudad, reconociendo, la ‘experiencia latinoamericana’ también desde otras clases sociales y otros personajes, no necesariamente campesinos: “Fue cuando la literatura descubrió que la realidad social latinoamericana no era exclusivamente campesina, y que la clase media urbana también forma parte de la realidad” (207); y en este caso se amplía la noción, exponiendo que la infancia, independientemente de la clase social, no es esa etapa mágica, libre de preocupaciones

y desencantos que tanto hemos idealizado, sino que también hay hechos que así como la perturban, la configuran.

La incursión en este tipo de temáticas desde la literatura infantil, pone de manifiesto una postura crítica sobre la infancia, y un reconocimiento de que las vivencias de los niños son constitutivas de su identidad acerca del mundo que habitan con otros niños, y con adultos. Beatriz Helena Robledo sostiene que el tratamiento de temas complejos, pero propios de la realidad, es, de alguna manera, un reconocimiento de la condición humana de los niños: “Esta conquista de nuevos temas es quizás el producto de una mejor comprensión de la niñez como una etapa especial del ser humano en la que se tiene un mundo propio, pero ya no idealizado y se comparte con los adultos la condición humana: el miedo, la muerte, las agresiones...” (121)

Así pues, desmarcándose de su ‘madrstra pedagógica’ o las expectativas moralizantes y didácticas que sobre esta literatura se tienen, la literatura infantil asume el abordaje de realidades ásperas, que todos sabemos que los niños viven, pero de las que no se habla frente a ellos, ni mucho menos *con* ellos. ¿Quién dijo que no se les podía hablar de esto? Se titula un artículo periodístico de la colombiana Lina Vargas en el que explica cómo se piensa que no hablar sobre la guerra y la violencia es proteger a los niños del horror. Por esta razón a los personajes de estas historias no les queda más remedio que escuchar escondidos detrás de una puerta, o hacerse los dormidos “para poder oír”; como Juan, el niño de *Los agujeros negros* de Yolanda Reyes, que fingiendo dormir trata de averiguar qué pasó la noche en que ‘murieron’ su papá y su mamá, dejándolo huérfano:

-Al niño hay que protegerlo por encima de todo- le dijo esa noche a mi tío Ramón. Hablaba como regañando o como llorando, no sé. Al tío Ramón no le importó y siguió hablando. Yo me hacía el dormido

para poder oír.

-Si te hace preguntas, es porque quiere saber más. Quiere saber del bosque.

-Es un niño. Y mi deber es protegerlo. (21)

Este deber de protección acarrea cierta resistencia hacia este tipo de textos; no porque estos hechos no ocurran o no interesen, sino, especialmente, por la tradición de no hablar con los niños y las niñas acerca de la realidad oscura que los circunda; es una especie de ansiedad por tener que ‘darles la cara’ sobre el mundo que les tocó vivir. Podría decirse entonces que, a través de la ficción, se exponen estas situaciones para comprender mejor la propia realidad y la de los otros; como apunta Fanuel Hanán Díaz “la experiencia perturbadora puede ser mejor digerida a través de la ficción que plantean los libros y no como parte de un encuentro directo con la realidad.” (111)

Al igual que en *Paso a paso*, en *Los agujeros negros*, la voz narrativa la ejerce el niño protagonista, dando a conocer no tanto los acontecimientos como la percepción y las emociones de un niño frente a estos, con un carácter testimonial. Beatriz Helena Robledo explica así este viraje en la narración en la literatura infantil: “La voz narrativa del autor desaparece por completo, para darle la palabra al personaje e insertarlo en una corriente más moderna de la literatura infantil —al menos dentro del marco realista— que es la de la realidad interior de los niños como personajes y su visión del mundo.” (122)

No obstante, para narrar la violencia, los autores no siempre se valen de la estrategia de darle la voz al niño, sino que también hacen uso de otras herramientas narrativas, como en *El mordisco de la medianoche*, de Francisco Leal Quevedo, en la que se hace un recorrido, en tercera persona, por la experiencia de Mile, una niña wayúu, que

al ser testigo de una operación con armas por parte de contrabandistas en su población, sufre junto con su familia múltiples formas de violencia: asesinato de un ser querido, venganza, daños materiales, desplazamiento forzado, pobreza, estigmatización, entre otras. La narración no maquilla los hechos escalofriantes en los que el horror y la muerte se pueden palpar, como en esta escena en la que Mile presencia el atentado a su ranchería:

Y antes de que pudiera oír una respuesta, el silencio de la noche fue interrumpido por un ruido atronador, como si el mundo se viniera abajo y ella quedara suspendida en el vacío.

-¡Al piso, al piso!- gritaba con desespero Leoncio, su padre.

Las ráfagas de disparos se sucedían una tras otra. En medio de la oscuridad los cuerpos se movían y caían al piso. Se oían gritos de angustia y lamentos de dolor.

Luego de unos segundos se oyó una nueva ráfaga y luego otra, esta última más cercana. Mile estaba aterrada: los tiros rebotaban contra las puertas y ventanas. Su corazón se había detenido...A lo mejor estaba muerta... (6)

Y es que la sola definición de lo que es un ‘mordisco de la medianoche’ que ofrece el texto es ya de por sí reveladora: “es un nombre especial para la tristeza más honda, la de abandonarlo todo: la tierra, los parientes, los amigos y los muertos. Es como si la medianoche se fuera metiendo dentro y una fuera viendo cómo toda su vida se vuelve oscura” (72). Aunque en *El mordisco de la medianoche* la voz narrativa no la ejerce la niña protagonista, la historia sí se centra en su vivencia, en sus sentimientos y emociones, lo que confirma que en la literatura infantil la violencia no se narra

solo para dar a conocer los hechos, sino también para adentrarse en el significado que los niños les otorgan a estos desde su ser interior.

Es importante anotar que, si bien carecen de la fórmula convencional del final feliz, estos textos ofrecen un matiz de “esperanza e ilusión hacia nuevas posibilidades” (Borja y Galeano 51); así pues, aunque no haya solución definitiva, ni un “vivieron felices para siempre”, estas historias ofrecen ciertos elementos reparadores. En ese sentido, En *Paso a paso*, la celebración del cumpleaños de Catalina, una de las hijas del secuestrado, muestra que, aunque no haya final feliz, es decir, el secuestrado no ha vuelto a casa, el dolor puede atenuarse, dice Patricia: “Hoy pienso en él y me hace falta. Pero ya no es como antes, ya no me duele tanto cuando me acuerdo” (73). En *El mordisco de la medianoche*, el regreso de Mile y su familia a la rancharía, aunque encontrada en ruinas, ofrece esperanzas: “Chayo y Sara celebraron como si fuera una pequeña victoria que la estufa volviera a funcionar. El humo que salía de la cocina era una señal evidente para toda la región de que el clan había vuelto” (90). En *Los agujeros negros*, aunque Juan no conoce toda la verdad acerca de la muerte de su mamá y su papá, sí logra tener un acercamiento a esa realidad; las palabras esperanzadoras las pronuncia la abuela al responder al deseo de su nieto sobre pasar vacaciones en Sumapaz: “-Vas a tener que esperar muchas vacaciones hasta que tu deseo se haga realidad-dijo la abuela-. Pero algún día se va a cumplir, esta situación no puede durar toda la vida. Las cosas tienen que cambiar” (56)

Textos como los examinados en este documento nos revelan, entonces, cómo se ha narrado la violencia en la literatura infantil colombiana, abordando de manera explícita situaciones complejas como el secuestro, la desaparición forzosa, el asesinato, y otras formas de violencia que los niños colombianos enfrentan. Igualmente, se ha podido ver que una de las

estrategias narrativas utilizadas es la darle la voz a los niños para que relaten su testimonio sobre estos hechos, adentrándose en los sentimientos y emociones que éstos causan en ellos, sin dejar del todo de lado la esperanza. Podría decirse que esta literatura propone un nuevo tipo de héroe y heroína cuyo superpoder es sobreponerse a las inclemencias del mundo en que habitan.

De este modo, tal como lo señalan Castaño y Valencia, en Colombia “La literatura dirigida a los niños y jóvenes no es indiferente al conflicto armado, político y social que vive el país, ella toma una participación activa en la visibilización, crítica y transformación de los procesos violentos a través de la ficción.” (128); desmontando la fantasía como única manera de experiencia estética para los niños, y reafirmando el carácter literario de este tipo de textos que irrumpen, que incomodan, y que hacen a la literatura infantil “digna de ese nombre” (Machado 26)

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Adoum, Jorge Enrique. “Realismo de la otra realidad” en *América Latina en su literatura*. César Fernández Moreno, coord. México: UNESCO/Siglo XXI, 1972.
- Banco de la República (Bogotá). Subgerencia Cultural, “Los niños que fuimos: huellas de la infancia en Colombia”, Colombia:-, 2012. Consultado en línea en la Biblioteca Digital de Bogotá (<https://www.bibliotecadigitaldebogota.gov.co/resources/2079596/>), el día 2021-04-25.
- Borja, Mirian., y Galeano, Arturo. *Literatura infantil y juvenil colombiana: problemas, tendencias, obras y autores (1990-2012)*. Bogotá: Universidad Distrital Francisco José de Caldas. 2018

- Castaño-Lora, Alice, y Valencia-Vivas, Silvia, y “Formas de violencia y estrategias para narrarla en la literatura infantil y juvenil colombiana.” *Ocnos: Revista de Estudios sobre Lectura*, vol. 15, no., 2016, pp.114-131. Web
- Centro Nacional de Memoria Histórica. ¡Basta ya! Colombia: memorias de guerra y dignidad. Grupo de Memoria Histórica CNMH y Departamento Administrativo para la Prosperidad Social. 2013
- Hanan Díaz, Fanuel. *Sombras, censuras y tabús en los libros infantiles*. Cuenca: Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 2020
- Leal Quevedo, Francisco. *El mordisco de la medianoche*. Bogotá: Ediciones SM, 2010
- Machado, Ana María. *Independencia, ciudadanía, literatura infantil*. Bogotá: Babel libros, 2012
- Ministerio de la Protección Social. Informe especial sobre violencia contra la infancia en Colombia. 2006. Web
- Reyes, Yolanda. *Los agujeros negros*. Bogotá: Ediciones Santillana S.A., 2016
- Robledo, Beatriz Helena. *Todos los danzantes... Panorama histórico de la literatura infantil y juvenil colombiana*. Bogotá: Editorial Universidad del Rosario, 2012
- Vargas, L. (2013). ¿Quién dijo que no se les podía hablar de eso? Artículo periodístico Revista Semana. Web
- Vasco, Irene. *Paso a paso vuelve papá*. Bogotá: Panamericana, 1997